

DESCOLONIZACIONES RUIDOSAS Y RECOLONIZACIONES SILENCIOSAS

I

En un rincón de los periódicos españoles ha aparecido la breve noticia de que el fideicomiso «estratégico» de Micronesia—el único de ese tipo, creado por el artículo 83 de la Carta de San Francisco—ejercido por los Estados Unidos, va a convertirse en el segundo «Estado Libre Asociado» del Tío Sam (el primero de Puerto Rico desde el 25 de julio de 1952). La Micronesia—conjunto de los archipiélagos de las Palaos, Marianas, Carolinas y Marshall apenas miden en sus 2.100 islas 1.779 km², pobladas por 108.000 habitantes, del tronco melanoide, muy influido por la cultura chamorro—, cuya sede curiosamente, Guam (o Guaján), no pertenece a ella, sino directamente a los Estados Unidos por su victoria sobre España (Tratado de París: 10 de diciembre de 1898); muy barata, porque Guam, por ejemplo, la tomaron sin que su población conociera la guerra y sin combate. Estas islas, descubiertas y a medias colonizadas por España (las Marshall, poco o nada) no han conocido la tranquilidad exterior. Españolas hasta 1898, sin Guam desde ese año, se vendieron a Alemania (salvo las Marshall, directamente adquiridas por este país) en 30 de junio de 1899, por cierto que reservándose España—art. 3.º del Tratado—tres bases carboníferas, una en cada archipiélago. Nunca se localizó su elección ni se hicieron efectivas: pero el derecho español está vivo, olvidado pero vivo, porque no pudieron transmitirlo los sucesivos dueños de las islas; el Japón por la paz de Versalles (28 de junio de 1919) con el subsiguiente «mandato tipo C» de la Liga de las Naciones, y los Estados Unidos por la paz de San Francisco (art. 2.º-b) seguido del Acuerdo del Consejo de Seguridad de 7 de abril de 1947 (anterior a la paz): ambos por derecho de conquista antes de los tratados legalizadores.

Los pobres micronesios conocieron primero los combates con armas devastadoras y los ensayos nucleares (Bikini), luego las delicias de la administración yanqui. Sabiéndose pequeños, el distrito de Saipán (Marianas) votó en 1967 por el anchluss con el Tío Sam, práctico en la materia desde Florida y Tejas a Hawai. Ahora, tras «negociaciones» (1972-74) entre el Congreso interinsular y el poderoso tutor, se acordó el anchluss del conjunto, al que precederán como «buenos modos legalizadores» las aprobaciones de la ONU y del Congreso yanqui, extendiéndose a los seis distritos: Palaos, Marianas, Yap, Carolinas (dos: Truk y Ponapé) y Marshall. Se trata en suma de una recolonización, que pasará con poca pena y ninguna gloria, mientras el Tercer Mundo—fácilmente manejable para que desvíe sus furrores—la ONU y el mundillo anticolonialista, casi agotada la lista de las descolonizaciones oficiales, la emprende con temas ajenos que no son antioccidentales, sino que se dirigen sólo contra los países débiles, aislados, indecisos o que se defienden mal; porque contra los otros, los truenos llegan a mucho menos. La Historia es lo contrario de edificante—instructiva—y merece recordarse brevemente.

II

Después de los dos grandes repartos del Mundo por poderes europeos, acompañados por Rusia, Estados Unidos y Japón, en dos oleadas históricas (Nuevo Mundo 1492-1826, dejando reliquias vivas; Viejo Mundo afroasiático-pacífico 1482-19..., lleno de reliquias y de supervivencias mejor o peor disfrazadas). Luego llegó la Liga de Naciones—léase Smuts el boer práctico—que inventó los mandatos A, B y C (éstos casi anexiones) para legalizar el reparto del botín de guerra, con las colonias o dependencias germano-turcas. Pero ya durante la II Gran Guerra, hubo impacientes, y así la URSS se anexionó—sin protestas de nadie—al Estado de Tura; verdad es que a Montenegro lo habían devorado sus hermanos de raza y armas en 1918, y que los tres Estados bálticos (europeos) fueron absorbidos en 1940, y reabsorbidos en 1944, también con el visto y bueno de los prohombres demócratas Roosevelt y Churchill. Lo malo es que si la URSS siguió adelante con su protectorado sobre Mongolia—zarista y soviético: 1912-1945: Yalta—y se apoderó de Karafuto y las Kuriles, sin «consultar» a sus poblaciones (tampoco lo habían hecho los zares en Asia Central), se estrelló con la naciente China popular, a la que tuvo que devolver Manchuria

(Acuerdos de 12 de octubre de 1954 que anulaban los de 14 de febrero de 1950). Corea (como luego Viet-Nam) fue dividida en dos partes protegidas por dos grandes en su inquieta independencia.

La ONU fue más allá que la Liga: añadió a un sistema substitutivo de los mandatos, el de los fideicomisos (a costa de alemanes, italianos y japoneses, pero con la negativa de Sudáfrica a «fideicomisar» su mandato del ASO arrastrando rayos y condenas, no por cierto del Tribunal de La Haya que quizá quiera sacarse ahora en otro escenario africano la espina que su conducta dejó en el Tercer Mundo), otro, aparentemente inocuo, y progresivamente debelador del colonialismo político europeo; porque los otros colonialismos—los no europeos y los no políticos o de fachada—quedaron intactos. Así de los fideicomisos hablaba el capítulo XII de su Carta, y ya casi no queda ninguno: independientes Somalia (como Libia y Eritrea, que no fueron fideicomisadas, cual concedió a Corea), Ghana, ex Costa de Oro, con un trozo de Togo, este mismo, Camerún, mordido por Nigeria, y Tangañica, unida a Zanzibar (pero sin Ruanda ni Urundi). Las Samoa neozelandesas, discretamente asociadas a este país, y hasta Nauru. Queda como reliquia que en 1975 goza de una independencia limitada por ciertos vínculos a Australia, Nueva Guinea. De los antiguos mandatos A, ninguno llegó a fideicomisado, pues mejor o peor, Siria-Líbano, Iraq (desde 1922) y Palestina (de la que surgieron Israel-Jordania) fueron previsoramente emancipados, conservando lo conservable, porque ni sirios ni israelíes se estaban quietos; tuvieron más suerte que los irlandeses, víctimas aún de la democracia de la «concentración» sin juicio, y que los chipriotas, que libres en 19 de febrero de 1960 por un Tratado con triple garantía, han conocido la invasión y la división en 1974. Aunque todo es relativo y son afortunados al lado de coreanos e indochinos, «asociados» en 1946, independientes—y divididos—en 1953-54, garantizados en ese año (Laos neutralizado dos veces, la última en 1973); y nunca en paz, mientras quede un habitante sobre aquella tierra mártir.

III

El otro sistema, el de la vigilancia de la ONU sobre las ex colonias o protectorados, ahora «territorios» no autónomos (cap. XI de la Carta), pasó por una serie de acuerdos onusianos (1514 y 1541 de 1960, 1654 de 1961,

1810 de 1962) coreados por los tercermundistas reunidos en sucesivas, magnas y ruidosas Conferencias, desde Bandung (1955) a Argel (1974) que lo transformaron en un sistema de acoso a las metrópolis. Estas se defendieron, o con habilidad como Inglaterra—que tenía la solución «reservada» del pase de las dependencias al Commonwealth—, o con menos habilidad—Francia, Holanda, Bélgica—. Algunas casi no se defendieron (España) y la que se mantuvo tenazmente en la brecha—Portugal hasta 1974—al final, y con el precedente de la impune agresión india a Goa, abandonó la lucha.

La lucha de los países emancipados—políticamente se entiende: hilos secretos y «multinacionales» menos secretos se extienden por ellos, favorecidos por viejos o nuevos padrinos—, es tan abrumadora, que merece la pena darla: del Reino Unido, surgieron Bahamas, Barbados, Botswana, Birmania, Ceylán (Sri-Lanka), Chipre, Fiyi, Gambia, Ghana, Guayana («mordiéndolo» a Venezuela) India (o Bharat que «mordió» a Pakistán y fabricó a Bangla Desh), Israel, Jamaica, Keña, Kuwait, Lesotho, Malawi, Malasia (ampliada en 1963 con Borneo, pero sin Brunei ni Singapur desde 1966), Maldivas, Malta, Mauricio, Nauru, Nigeria, Oman, Pakistán, Sierra Leona, Sudan, Swasi («Ngwane»), Tanzania (Tangañica más Zanzíbar), Tonga, Trinidad, Uganda, Samoa, Yemen, Amil y Zambia, más la «rebelde» (?) Rhodésia. Se ha hecho fuerte en Belice, Gibraltar y Malvinas. Retiene pequeñas islas (Turcos-Caycos, Bermudas, Antillas menores «asociadas», Santa Helena y compañía, Seychelles, el «Territorio del Océano Indico» (creado en 1965), la Antártida (superponiéndose a Argentina-Chile), Gilbert-Ellice, Fénix, Salomón, y algunos islotes y bases menores. De Francia surgieron Argelia, Túnez, Senegal, Mali, Mauritania, Guinea, Volta, Costa de Marfil, Níger, Camerún, Gabón, Chad, R.C.A. Congo, Madagascar, Laos, Camboya, Viet Nam (la ex India francesa fue absorbida por Bharat) y van a surgir las Comores. Conserva Saint-Pierre, Guadalupe-Martinica, Guayana, Adelia, Affars-Issa (ex Somalia), N. Caledonia, Kerguelen y Compañía, Polinesia (con Chipperton, quitada a México), Wallis y algún islote menor. De España, Guinea Ecuatorial («su» Marruecos se unió al francés y a Tánger y recibió Ifni y Tarfaya). Conserva en discusión el Sáhara. De Italia, Somalia (unida a la ex inglesa). De Holanda, Indonesia (con Iran) y pronto Surinam (conserva varias Antillas menores). De Bélgica, Zaire, Ruanda, Burundi. De Dinamarca, Islandia (menos por descolonización, pues era independiente con vínculos reales desde 1918, que por ocupación en la I Gran Guerra; conserva Groenlandia). Los Estados Unidos alumbraron a Filipinas,

devolviendo Cisne y Swan (pero no el Canal de Panamá, ni Guantánamo, ni Puerto Rico, ni Samoa, ni Howland; y se incorporaron Alaska y Hawái). Canadá a Terranova, voluntariamente. Como se ve, 68 Estados o países nuevos; mucho más que los restos, se dice que temporalmente supervivientes. En fin, de Portugal parece que saldrán Cabo Verde-Guinea, S. Tomé, Angola, Mozambique y quizá Macao y Timor, si no los tragan los vecinos.

IV

Y sin embargo, de esos restos, la supervivencia parece que —en algunos— va a ser muy larga, y en otros, con algún adorno o remiendo, se consolidará. Ya hemos citado algunas conexiones abiertas (Tuva, Karafuto-Kuriles, Estados bálticos, Hawái-Alaska, Puerto Rico, los «departamentos franceses de Ultramar»); a los que hay que añadir las derivadas del apetito de los emancipados que pudieran practicar el colonialismo en casa o en la del vecino (Israel, Turquía en Hatay y Kurdistán, la India en sus enclaves ex europeos, Cachemira, más Naga y Sikkim bajo otra forma; China en Tibet, sin contar Sin-Kiang, Malasia en Borneo, Etiopía en la ex federada Eritrea, Zaire en la secesionista Katanga, aunque el caso difiere; Persia en los islotes de Ormuz, Indonesia en Irián). En Europa, sin recordar el «plebiscito» inglés en el Peñón —con la Bahía llena de barcos de la OTAN— y los «consejos» daneses en Farøer (con cañoneros en Thornhavn). Noruega se quedó con Svalbard (1926), Jan Mayer/Bjornöya y un trozo antártico. Si tuvieran 100 millones de población, los vikingos devorarían el mundo.

De la recolonización silenciosa, mana la sangre de los oprimidos y falsamente olvidados, a diferencia del barullo de los medios informativos orquestados ¿quién se acuerda de los niños de Derry, de los curdos o palestinos ocupados, de los tutsi eliminados, de los naga diezmados, de los azan sudaneses, de los wellos, de los rifeños aplastados en 1957, y de los europeos liberados, entre Carelia y Besarabia? Nadie. De vez en cuando se habla de minorías oprimidas, algunas en su ex suelo —«chicanos»—, pero en los que suenan, ni están todos los que son, ni son todos los que están. Las lágrimas de cocodrilo quedan para los grupos terroristas, y el silencio despreciativo para los inermes. Para éstos no hay resoluciones, ni conferencias, ni campañas. Nadie examina la gestión de los hombres fuertes y de los partidos hegemónicos (a veces sobre base étnica privilegiada) que liqui-

dan al disconforme o al halógeno en las «democracias dirigidas», por cuyo abrazo tanta impaciencia sentía Kennedy, al que repugnaban en cambio otros contactos impurificadores (¿de quién?).

El cuento del anticolonialismo ya ha hecho bastante daño—a cambio de reparar diversas injusticias—y ya cansa. Hay desarrollo y subdesarrollo; mayor y menor libertad (nunca democracia total); ideologías y poderes expansivos, y otros quietos o impotentes. Hay muchos caos, que no aparecen (sino vagamente) en la Carta de San Francisco y en la montaña de Cartas, Declaraciones y Acuerdos, que nos aplasta y no nos mejora. Algunos países—Inglaterra y Estados Unidos en cabeza—se han retirado de la Comisión de los XXIV; y el «juego» no nos sirve a los que descolonizamos, y no somos descolonizados; o a los que se nos quieren imponer regalos monstruosos en vez de independencias. Ya es hora de que alcemos la voz cuando los de siempre quieren enseñarnos lo que les conviene y llevarnos por sus caminos, y no a la inversa. Y acabando por donde empezamos, ¿habrá micronesios dentro de un siglo? Tasmanios no los hay, y los canacas autóctonos no son ni el 10 por 100 del total de la población de las Hawai. Si se quiere que tampoco haya saharauís atlánticos dentro de cincuenta años, el ejemplo está dado. Porque melillenses y ceutíes, estamos—el pueblo español—resueltos a que los haya.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

